

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO
REUNIÓN GENERAL DE COORDINACIÓN
CON LOS SEÑORES PRESIDENTES
Y MIEMBROS DE LAS COMISIONES EPISCOPALES
DE LOS DEPARTAMENTOS DEL CELAM Y CEBITEPAL

*Seminario Mayor Arquidiocesano de Medellín, Colombia,
Medellín, 20 de agosto de 2018*

PALABRAS INTRODUCTORIAS DEL PRESIDENTE DEL CELAM
Cardenal Rubén Salazar Gómez
Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia

[Introducción]

En nombre de todos los miembros de la Presidencia y del Secretariado del Celam, quiero dar una cordial bienvenida a los Señores Presidentes y a los miembros de las Comisiones Episcopales de los Departamentos y del Cebitepal. No es fácil, para ninguno de los que vivimos el ritmo intenso del mundo moderno y la dinámica febril de nuestros compromisos pastorales, liberar tiempo en nuestras agendas para cumplir las exigencias que surgen de nuestro servicio al Celam. Por eso, a mi saludo de bienvenida, añado un reconocimiento de corazón, en nombre de tantas personas y comunidades que gracias a sus esfuerzos e iniciativas han reforzado su compromiso evangelizador en nuestro subcontinente. Y es un agradecimiento que se multiplica al tomar conciencia de que es la última reunión de este *coetus*, porque ya el cuatrienio para el que fuimos elegidos toca a su fin. Quiera el Señor que estas jornadas compartidas en esta Reunión y en la Celebración de los 50 años de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que tuvo lugar en esta ciudad y en este mismo Seminario en 1968, sean verdaderamente fructuosas.

Antes de tratar el tema que se me ha pedido, que es “el diálogo con el mundo”, permítanme tocar tres asuntos previos referidos al ministerio del Obispo, a la identidad del Celam y al quehacer del Celam.

[1. La identidad y misión del Obispo]

El Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos *Apostolorum Successores*, comienza diciendo: “Sucesores de los Apóstoles por institución divina, los Obispos, mediante el Espíritu Santo que les ha sido conferido en la consagración episcopal, son constituidos Pastores de la Iglesia, con la tarea de enseñar, santificar y guiar, en comunión jerárquica con

el Sucesor de Pedro y con los otros miembros del Colegio episcopal. El título de *Sucesores de los Apóstoles* está en la raíz del ministerio pastoral del Obispo y de su misión en la Iglesia, y define bien la figura y misión del Obispo. Los Obispos, en cuanto insertos en el Colegio episcopal que sucede al Colegio apostólico, están íntimamente unidos a Jesucristo, que sigue escogiendo y enviando a sus apóstoles” (*AS Introd.*).

Este texto, que sintetiza la rica doctrina conciliar y la sólida tradición jurídica de la Iglesia, describe la hermosura del servicio episcopal, a la vez que deja entrever la pesada carga de la cruz ministerial. Son muchos los momentos hermosos, los espacios de reconocimiento, las alegrías compartidas, los procesos eclesiales plenificantes. Pero creo que todos habremos experimentado también las dificultades que cotidianamente nos van configurando con la Pasión del Señor y con los Apóstoles en su martirio: la incompreensión frecuente, la crítica constante, la desgastante búsqueda de recursos, la nada fácil tarea de poner orden, de corregir a los presbíteros, de animar a los religiosos, de acompañar a los laicos. El discernimiento que debiera ser sereno y pacífico, a veces queda opacado por la soledad, la prisa, el temperamento. Pero además de esas dificultades “cotidianas” del ministerio, hay hermanos Obispos que en este momento de la historia, experimentan verdaderas persecuciones, agravios e injurias. La próxima canonización de Monseñor Óscar Arnulfo Romero es un signo claro de que esa cruz que llevamos al pecho es una realidad más pesada en la vida de muchos de Ustedes y de muchos de nuestros hermanos Obispos en sus respectivos países. Quiero que iniciemos esta Reunión orando por los Obispos de Nicaragua.... de Venezuela.... de Chile.... de Honduras... y por todos los que en nuestras 22 Conferencias Episcopales están viviendo momentos de dolor y sufrimiento. El Celam no sólo organiza cursos y encuentros, sino que sirve efectivamente a la comunión episcopal como expresión del afecto colegial (cf. *LG 23*), con la oración, obviamente, como principio y fundamento. Oremos pues, con todo el corazón, por nuestros hermanos Obispos que más lo necesitan (...).

[2. La identidad y misión del Celam]

La Iglesia latinoamericana y caribeña constituye una verdadera Iglesia local, en el sentido señalado por la Comisión Teológica Internacional (*Cuestiones actuales de eclesiología*, 5.1.1), y en las últimas décadas de este proceso, el Celam ha jugado un rol importantísimo, al configurarse como un organismo de comunión episcopal, de comunión entre los obispos y los episcopados y entre éstos, el colegio Episcopal y la Iglesia universal. Ese servicio a la comunión se ha concretado en múltiples espacios de reflexión, colaboración y proyección, comenzando por las cinco Conferencias Generales, pasando por los miles de beneficiarios de los Institutos y las Escuelas del actual Cebitepal, sin contar con la incesante actividad de los Departamentos.

Sin embargo, en la segunda lectura de la liturgia de ayer, en el final de su escrito a los Efesios, San Pablo amonestaba a los creyentes diciendo: “fíjense bien cómo andan, ... déense cuenta de lo que el Señor quiere” (*Ef 5, 15.16*). Para poner en práctica esa exhortación, el Celam

requiere vivir en una actitud de búsqueda constante y de un permanente espíritu de discernimiento apostólico en común. Ese fue el objeto de las palabras que dirigí en el pasado mes de marzo a los Señores Directivos del Celam, Presidentes y Secretarios Generales de las Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe. Allí fue presentada la “Propuesta Celam 2033”, que será objeto de un nuevo estudio en estos días y que en el horizonte del segundo milenio del Misterio Pascual, nos invita a considerar qué es lo que Dios quiere del Celam y para el Celam en el presente y en el futuro inmediato de su quehacer eclesial. Allí se vió claro que el Celam aparece en su estructura como una Conferencia Episcopal y que de hecho, a lo largo de su historia ha moldeado muchas Conferencias Episcopales. Pero hoy en día, cuando el mundo ha cambiado tanto, cuando ya existen las Conferencias por doquier, puede que el mismo ser del Celam esté llamado a renovarse. Hay signos que son preocupantes: la participación de los Señores Obispos en las actividades programadas es muy reducida. El alcance de Cebitepal es sumamente bajo. Conseguir los recursos financieros es cada vez más difícil. El activismo nos desborda. La reflexión pastoral y las publicaciones son escasas. Es poca la incidencia que tienen nuestros encuentros. Por el contrario, nuestra realidad social es cada vez más dramática: pobreza, corrupción, desigualdad, narcotráfico, violencia contra la mujer, incrementan sus niveles cada día. A nivel eclesial, la descatalogización de América Latina crece de la mano con los escándalos, particularmente con los dolorosos acontecimientos que se han difundido en estos días por los medios de comunicación y que empañan el rostro de la Iglesia. Al respecto, les invito meditar el texto de la Carta que hoy mismo, el Papa Francisco ha dirigido al pueblo de Dios.

Me pregunto de corazón: ¿está el Celam respondiendo a las necesidades que surgen de la realidad de nuestras Iglesias? ¿Estamos repitiendo innecesaria y costosamente reuniones y encuentros año tras año como nos lo advertía el Papa Francisco en nuestro encuentro de septiembre? En ese difícil contexto latinoamericano y caribeño, ¿qué puede hacer el Celam? ¿Cómo puede servir mejor a las Conferencias Episcopales y a su Episcopado? ¿Cómo puede realizar con eficacia su misión como “consejo”? Yo estoy convencido del valor evangelizador y pastoral del Celam, pero también estoy seguro de que hay reformas urgentes y necesarias. Por eso quiero reiterarles la invitación del Papa a servir y a soñar al Celam con pasión, con pasión evangelizadora. No podemos venir a reunirnos sólo para revisar hechos cumplidos, para programar unas actividades y para agendar unos compromisos. Se requiere el aporte innovador de todos, con imaginación y creatividad, para una real conversión pastoral del Celam. Eso es lo que el Papa Francisco llama “Sinodalidad”: el diálogo franco, constante, sincero, respetuoso, propositivo. Porque... ¿cómo podemos dialogar con el mundo si no somos capaces de dialogar entre nosotros? Es esa sinodalidad la que les invito a poner en práctica en esta Reunión de Coordinación.

[3. Algunas informaciones]

No puedo seguir adelante sin hacer explícitas algunas dificultades que se presentaron desde nuestro pasado encuentro en el mes de septiembre en Bogotá. En primer lugar, los proyectos que surgieron en esa Reunión desbordaron con creces los recursos presupuestales existentes y chocaron con criterios cada vez más firmes de las agencias de financiación que exigen creciente austeridad, optimización de los recursos y diafanidad cristalina en la rendición de cuentas. Dos ejecutivos renunciaron en ese momento y otro en el mes de marzo, aparte de quienes habían terminado su servicio por cumplimiento del tiempo. En este momento nos hacen falta dos ejecutivos para dos Departamentos y uno para Cebitepal. Además de la dificultad para encontrar Obispos dispuestos a ofrecer sacerdotes para este servicio, hemos decidido dejar en estos cargos a responsables temporales por el tiempo que resta del cuatrienio, para que los próximos directivos puedan iniciar con un equipo de vigencia completa.

Por otro lado, se han implementado normas de obligatorio cumplimiento para la legislación colombiana (tales como las Normas Internacionales de Información Financiera en el campo contable o el cambio de porteros por guardias de seguridad en la sede de Usaquén en el campo laboral) y en relación con el personal se han hecho ajustes que no han sido bien recibidos por todos. Ha sido un período difícil y algunos han aprovechado para esparcir rumores y comentarios malsanos en distintos contextos eclesiales. Hoy en día el ambiente es más tranquilo y sereno, pero lo triste es que nadie le puede devolver la honra que le roban a personas o instituciones. Es como volver a ponerle las plumas a una gallina... ¡imposible! Todas estas medidas y procedimientos, justos y necesarios, han sido consultados conmigo y con la Presidencia y por eso les pido su comprensión y solidaridad.

En noticias varias, les informo que ya se firmó el contrato para la publicación completa de la BIA, la Biblia para la Iglesia en América que, esperamos, pueda ser editada y distribuida para comienzos de 2019, concretando un largo y valioso esfuerzo liderado por Monseñor Santiago Silva Retamales.

También el año entrante celebraremos la Asamblea General del Celam en el mes de mayo Tegucigalpa, Honduras. Esta Asamblea tendrá carácter electivo y por eso en esta reunión se harán algunos sondeos y a partir de octubre se comenzarán formalmente las consultas previstas en los Estatutos.

Además les comparto que, después de sortear innumerables obstáculos y requisitos, esperamos tener en los próximos días la Licencia de construcción de la Nueva Sede, en el terreno en el que actualmente funciona el Cebitepal.

Entre el 17 y el 22 de septiembre la Presidencia realizará la visita anual a la Santa Sede: estaremos en los Dicasterios, Congregaciones y Consejos pertinentes y seremos recibidos por el Santo Padre para rendir los informes correspondientes. Para cualquier propuesta o asunto que podamos tratar en esta visita les pido comunicarse con la Secretaría General.

Finalmente, y para no alargarme sobre temas que posteriormente compartiremos, les recuerdo la importancia de la canonización de Monseñor Romero el próximo 14 de octubre en Roma y los invito para que celebremos y vinculemos a los fieles y comunidades de nuestros países e Iglesias particulares.

Dicho esto, hablemos sobre “el diálogo con el mundo”.

[4. El contexto del Plan Global]

Hace un año, en la Casa Pedro Legaria en Bogotá, al iniciar nuestro encuentro de Coordinación, les recordaba, a propósito de la conversión pastoral, la necesidad de discernir, de manera constante, creciente y continua, el ser y el quehacer del CELAM y les señalaba de modo especial, la importancia de estar atentos, de discernir y de tener una actitud de conversión evangélica en todo lo relacionado con el manejo de los recursos económicos. Como marco general, les recordé el propósito trazado por el Plan Global 2015 -2019 que dice: “Promover, en comunión con las Conferencias Episcopales de América Latina y El Caribe, bajo la guía del Espíritu Santo, una Iglesia Misionera en salida, pobre para los pobres, mediante su conversión pastoral en diálogo con el mundo, para anunciar con alegría a Jesucristo, Vida plena para todos los pueblos”. Más aún, en continuidad con el arduo trabajo del cuatrienio anterior, dentro del Objetivo Global, colocamos como énfasis el eje de la *Iglesia en salida misionera* para el año 2016, el eje de la *Iglesia pobre para los pobres* para el 2017, la: *Iglesia en permanente conversión pastoral* para el 2018 y la *Iglesia en diálogo con el mundo* para el 2019.

A lo largo de todos estos meses, el Celam, la Secretaría General, los Departamentos y las Escuelas de Cebitepal han organizado y promovido una enorme cantidad de programas y actividades al servicio de la Iglesia latinoamericana y caribeña, la mayor parte de lo cual fue publicado en el *Boletín Celam* del año pasado y lo que falta, será informado y evaluado en estos días. Por eso no me detengo en detallar un listado de actividades y prefiero hacer lo que se me ha pedido, es decir, dirigir una “palabra iluminadora” para este encuentro de los Obispos de la Coordinación del Celam, centrándome de modo especial en el cuarto eje temático de este Plan Global que es el diálogo con el mundo.

Se trata de una palabra “iluminadora”, es decir, que busca arrojar luz, ayudar a que se vea mejor, con mayor claridad. Es, además, una palabra que no digo sólo yo, sino que la pronuncio en nombre de toda la Presidencia, en continuidad con todo el proceso que hemos vivido durante este cuatrienio, durante estos 63 años de historia del Celam y en el contexto del Pontificado del Papa Francisco y del cincuentenario de Medellín, que celebraremos dentro de pocos días. Esta palabra que busca ser iluminadora quiero dirigirla a cada uno de Ustedes, Señores Obispos de la Coordinación del Celam, no tanto para compartir ideas brillantes dirigidas a la razón, sino para hablarles al corazón. A su corazón de pastores y desde mi corazón de pastor, con el horizonte que me da haber cumplido ya 75 años, y de estar

a pocos meses de entregar este servicio como Presidente, después de haber sido Vicepresidente durante el cuatrienio anterior.

Mirando la perspectiva que dan el tiempo y la distancia, percibo una gran unidad en toda la propuesta del Objetivo general de este cuatrienio, que construimos juntos en nuestra primera Reunión General de Coordinación, lo que me motiva a dar gracias a Dios porque es un signo más de que es Él quien guía a su Iglesia, es su Espíritu el que guía el mundo. El diálogo con el mundo no es una serie de actividades nuevas, ni es la multiplicación de encuentros, ni es la reorientación de la programación institucional. El diálogo con el mundo apunta a renovar, en la Iglesia latinoamericana y caribeña y particularmente en sus pastores, una actitud que se ensambla como un todo con esos otros elementos actitudinales que se expresan en el Plan Global: una Iglesia “en salida” misionera, pobre para los pobres y en permanente conversión.

[5. El mundo y la Iglesia]

Hace 5 años, cuando el Papa Francisco se encontró con este mismo *coetus* en Brasil, al hablar de los desafíos actuales al discipulado misionero, se refirió explícitamente a dos de ellos y los presentó vinculados entre sí. Dichos desafíos eran la conversión pastoral (objeto de nuestra reflexión el año pasado) y el diálogo con el mundo (que es el cuarto eje de nuestro Plan Global). Tras lanzar unas preguntas que invitaban a un examen de conciencia de la Iglesia, Francisco afirmó: “Como se puede apreciar, aquí están en juego actitudes”. En efecto, tanto la conversión pastoral, como el diálogo con el mundo atañen principalmente a las actitudes y a una reforma en los valores que rigen la vida. Y al insistir el Papa en la cercanía y el encuentro que describen la manera como se reveló Dios en la historia y como Jesús se comporta en el Evangelio, afirma: “Existen en América Latina y El Caribe pastorales ‘lejanas’, pastorales disciplinarias que privilegian los principios, las conductas, los procedimientos organizativos... por supuesto, sin cercanía, sin ternura, sin caricia. Se ignora la ‘revolución de la ternura’ que provocó la encarnación del Verbo. Hay pastorales planteadas con tal dosis de distancia que son incapaces de lograr el encuentro: encuentro con Jesucristo, encuentro con los hermanos. Este tipo de pastorales, a lo más pueden prometer una dimensión de proselitismo, pero nunca llegan a lograr ni inserción eclesial ni pertenencia eclesial. La cercanía crea comunión y pertenencia, da lugar al encuentro. La cercanía toma forma de diálogo y crea una cultura del encuentro”.

Esta profunda convicción del Papa Francisco está a la base del eje temático que se propone para la última parte de este cuatrienio: el de una Iglesia “en diálogo con el mundo”.

“Iglesia” y “mundo” han tenido dos milenios de relaciones oscilantes y han sido concebidos como dos realidades antagónicas o como una misma cosa, con toda la gama de matices que corren entre lo uno y lo otro.

En el Nuevo Testamento, es claro que el *Kósmos* es no sólo el conjunto de lo creado sino la *oikuméne*, el hogar de la humanidad. Por eso, aunque los cristianos no son el mundo (cf. *Jn* 15, 19), el Padre amó tanto al mundo que le envió a su Hijo para su salvación (*Jn* 3, 16). De la misma manera la *Carta a Diogneto* muestra cómo los cristianos están en el mundo y entre los hombres pero mantienen una peculiaridad, porque no viven según los criterios de los demás sino que marcan la diferencia; incluso frente a la hostilidad, testimonian el mandamiento del amor y pasan del etnocentrismo excluyente a una concepción de mediación sacramental y de servicio a los pueblos de la tierra. Frente a la tentación de la *fuga mundi* o la sacralización del poder mundano, Orígenes denuncia el peligro del falso espiritualismo o de la diabólica estadolatría. En el mismo sentido, San Agustín evita la identificación entre la ciudad terrena como ciudad del diablo y de la Iglesia con la ciudad de Dios.

Pero este claro mensaje bíblico y patrístico se refundió en los avatares de la historia, en la que surgió el integrismo, donde la teocracia y el clericalismo sospechan de todas las fuerzas que escapan de su control, recelan de todo pluralismo e identifican Iglesia y Reino de Dios. A este integrismo se contrapuso el secularismo que absolutiza lo profano como ámbito exclusivo de la salvación y que suprime la perspectiva de la Iglesia como sacramento universal de salvación y para el que el Reino se agota en el devenir histórico.

La contraposición Iglesia – mundo queda diluida en el Concilio Vaticano II cuando la Iglesia se concibe a sí misma como *Lumen Gentium*, y cuando el mundo aparece como el horizonte en el que se entiende la identidad y la misión misma de la Iglesia: la Iglesia es mundo y el mundo es también Iglesia. La Iglesia existe para el mundo y a él está destinada, como sacramento de salvación. La Iglesia se comprende como una realidad que está en el mundo y que reconoce la autonomía y el valor de las realidades temporales y terrestres. Ello representa un replanteamiento del sentido del mundo y de la función pastoral de la Iglesia y exige de esta última una profunda conversión que parte de una convicción fundamental: la Iglesia existe en el mundo y está a su servicio, pero no se identifica con él. Asumir esa convicción en nuestra realidad eclesial, exige una conversión pastoral, requiere un cambio de perspectiva, una actitud de mayor cercanía, de creciente diálogo y de permanente encuentro.

[6. La Iglesia en diálogo con el mundo]

Al tratar el tema del diálogo de la Iglesia con el mundo, vienen a mi mente de manera automática las palabras del Beato Papa Pablo VI cuando en su primera Carta encíclica trata de responder a la pregunta: “¿Con quiénes dialogar?” y afirma que para la Iglesia “nadie es extraño a su corazón. Nadie es indiferente a su ministerio. Nadie le es enemigo, a no ser que él mismo quiera serlo. No sin razón se llama católica, no sin razón tiene el encargo de promover en el mundo la unidad, el amor y la paz”. Y más adelante continúa el Beato: “La Iglesia sabe que es semilla, que es fermento, que es sal y luz del mundo. La Iglesia comprende bien la asombrosa novedad del tiempo moderno; mas con cándida confianza se asoma a los

caminos de la historia y dice a los hombres: Yo tengo lo que vais buscando, lo que os falta. Con esto no promete la felicidad terrena, sino que ofrece algo —su luz y su gracia— para conseguirla del mejor modo posible y habla a los hombres de su destino trascendente. Y mientras tanto, les habla de verdad, de justicia, de libertad, de progreso, de concordia, de paz, de civilización. Palabras son éstas, cuyo secreto conoce la Iglesia, puesto que Cristo se lo ha confiado. Y por eso la Iglesia tiene un mensaje para cada categoría de personas: lo tiene para los niños, lo tiene para la juventud, para los hombres científicos e intelectuales, lo tiene para el mundo del trabajo y para las clases sociales, lo tiene para los artistas, para los políticos y gobernantes, lo tiene especialmente para los pobres, para los desheredados, para los que sufren, incluso para los que mueren. Para todos” (*Ecclesiam Suam* 35).

Todavía más llamativo es que el Concilio Vaticano II al tratar este tema de nuevo en el número 92 de la *Gaudium et Spes* vuelve a citar a San Juan XXIII en otro escrito suyo en el que afirma: “Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo” (Enc. *Ad Petri Cathedram*).

Lo que el “diálogo con el mundo” como actitud pastoral plantea al ser y quehacer de la Iglesia, es una conversión constante, para poder vivir “en salida”, anunciando con alegría el evangelio de la misericordia y viviendo *con* el mundo y con todo lo que con él se relaciona, su opción de ser Iglesia pobre para los pobres. Una Iglesia “que sale”, descubre la existencia de realidades para las que no había tenido ojos, positivas y negativas, al igual que múltiples desafíos y oportunidades. Y en esa salida misionera, motivada por la propia experiencia del amor misericordioso de Dios, la Iglesia no camina con la soberbia y autosuficiencia de quien se siente superior, sino que se hace pobre para entablar un diálogo fraterno e igualitario, exactamente al estilo y con las mismas actitudes de la Iglesia que sirve a los pobres, porque la Iglesia está llamada a ver el mundo con el que dialoga con los ojos de Jesús. Ciertamente, habrá que superar muchos obstáculos como la apatía, la instalación, el confort (cf. *Evangelii Gaudium* 49), y la mundanidad espiritual (cf. *EG* 93-95), pero esa es la Iglesia que Dios quiere para Latinoamérica y El Caribe en este momento de la historia. Salir de nuestra “zona de confort” no es fácil. Caminar por la “zona de riesgo” genera inseguridades y temores. Pero eso es parte de la “ontología” eclesial, y debe ser cada día más visible.

Hay un texto en el evangelio de San Marcos (*Mc* 10, 46-52), que ilustra perfectamente la nueva actitud que debe tener una Iglesia que quiere dialogar con el mundo. Jesús camina por Jericó, una de las ciudades más antiguas de la humanidad y que se encuentra en la mayor depresión que existe sobre la faz de la tierra, a casi 250 metros bajo el nivel del mar. Es una ciudad exuberante y llena de riqueza, un oasis en los confines del desierto de Judea y al norte del Mar Muerto. Y en medio de tal opulencia, se esconde la realidad de un ciego tan pobre, que ni siquiera nombre tiene: se le conoce por el nombre de su padre, Timeo. Estaba mendigando, echado a la orilla del camino, allí donde se acumula la basura, allí donde se va quedando lo “inmundo”. Bartimeo no ve, pero oye que va pasando Jesús. Como suele suceder

cuando hay una carencia, se desarrollan otras habilidades. Su voz también debía ser poderosa para imponerse sobre el tumulto que iba con Jesús. Aunque intentaban acallarlo, sigue gritando, implorando misericordia. Tal sería el barullo que armó, que Jesús se detiene y lo manda llamar. Quiere verle cara a cara. Y cuando lo tiene al frente, de igual a igual (porque se había levantado y había dado un salto), Jesús no presupone nada. Hubiera podido ordenar a Judas que le diera una moneda, que le pagara una noche en un albergue, que alguien le comprara un pan. Pero Jesús lo llama, lo mira, lo reconoce como persona, entabla un diálogo con él y le pregunta: ¿qué quieres que haga por ti?” El ciego habría podido pedir una limosna, una moneda, algo de comer. Pero sorpresivamente responde. “Maestro, que pueda ver!”. Y es en ese diálogo transformador que tiene lugar el último milagro narrado en el evangelio según San Marcos. La ceguera desaparece y se inicia una nueva vida y una nueva forma de relación.

[Conclusión]

Reitero que este texto ilustra nuestra actitud de diálogo con el mundo. Así como Jesús, el judío ortodoxo que desde que estaba en el vientre de su madre salió de la Tierra Santa hacia Egipto, a quien después de adulto vemos en las tierras paganas de Tiro y Sidón, y al otro lado del Lago de Galilea donde los gerasenos criaban cerdos “inmundos”, así como Jesús, el caminante incansable de los polvorientos caminos de Galilea, Samaría y Judea, estamos llamados a ser incansables caminantes al encuentro del mundo y de las realidades terrenas en América Latina y El Caribe. Iglesia “en salida” para hablar con el mundo, para preguntarle, para hablar con él, para aprender de él y desde el Evangelio enriquecerlo. Sin prejuicios y sin suposiciones. Con la vista aguzada y con el oído atento. Listos para enfrentar eventuales accidentes, pero tratando de evitar errores y equivocaciones lamentables. Incansables y alegres misioneros del evangelio de la misericordia.

El diálogo con el mundo, más que una acción puntual o repetida, es una actitud permanente y constante. Más que intercambiar ideas es hablar de corazón a corazón, es compartir la experiencia, aprender a descubrir juntos el sentido de los acontecimientos y de la historia; es hablar, pero también es dejar hablar. Es saber hacer silencio. Silencio para saber escuchar el clamor de los pobres y los gritos de Dios en los signos de los tiempos. Pero no es un diálogo que se dé sólo por medio de la palabra, pues, de hecho, en muchos lugares el único lenguaje de la Iglesia es el servicio, y todos sabemos que el testimonio eclesial es lo único que genera credibilidad y hace presente el Reino de Dios. Un diálogo con el mundo y con lo mundano, en últimas, lo que más exige es sabiduría. Pero no la sabiduría de los hombres, sino la Sabiduría divina. Por eso los invito a terminar pidiendo al Señor, como decía el libro de los Proverbios en la primera lectura de ayer, que la sabiduría construya su casa entre nosotros.

Queridos hermanos Obispos de la Coordinación del Celam: que la Sabiduría reine en nuestra reunión, que la Sabiduría haga su casa en el Celam, que se apodere de nosotros, para que así como nuestros antecesores con la sabiduría divina hicieron del Celam un maravilloso

instrumento de comunión y servicio, nosotros cumplamos nuestra misión en el momento presente y ayudemos a forjar desde el Celam el futuro de una Iglesia que cada día tenga un diálogo más fluido con el mundo. Dice el diccionario que “coordinar” es “disponer ordenadamente los medios y las personas y dirigir sus trabajos para llevar a cabo una acción común”. Dejemos que Dios nos coordine y nos conceda su Espíritu de Sabiduría para seguir haciendo del Celam un providencial medio de animación y dinamismo para la labor evangelizadora del continente, y ahora, gracias al Magisterio del Papa Francisco, del mundo entero.

¡Muchas gracias!